

LIBRO SEGUNDO

HISTORIA DE ASIRIA

PARTE PRIMERA

CONSIDERACIONES PRELIMINARES É HISTORIA DESDE LA ÉPOCA MAS ANTIGUA
HASTA TEGLATFALASAR I

CAPITULO PRIMERO

EL SUELO Y SUS POBLADORES. LAS FUENTES
Y LA CRONOLOGÍA

Si al tratar ahora de la Asiria no reviste esta parte preliminar las proporciones que dimos á la correspondiente en el libro primero (Babilonia antigua), varias y justificadas razones abonan tal concision, que no obedece única y simplemente á la conveniencia material de lograr por este modo mayor amplitud para la verdadera exposicion histórica dentro de los límites fijados. Bastará que hagamos un breve co-tejo de los orígenes históricos de la Babilonia con los de la Asiria para demostrar cuán fácilmente puede dispensarse de prolija introduccion la historia asiria, mientras que en la de Babilonia era de todo punto imprescindible un estudio minucioso de los lugares de ruinas y de los hombres que poblaron las ciudades de que son recuerdo; no menos que de las fuentes y la cronología, que en su mayor parte solo se ha logrado reconstituir muy recientemente. Este estudio debía abrazar una buena parte de la historia propiamente dicha, y hasta adelantar mucho referente á la Asiria, á lo cual no habremos de hacer ahora, por lo mismo, sino mera referencia.

La Babilonia nos ofrece toda una série de importantísimos centros de culto y de gobierno que se suceden y alternan en la historia segun su poderío, ejerciendo no menos influjo en el desenvolvimiento político que en el religioso del país (1). En la Asiria solo tienen significacion análoga Assur, Nínive, Kalach y Arbela, y aun aquí se sobrepone la segunda de estas ciudades á todas las demás desde época relativamente antigua (2). En la Babilonia observamos desde los primeros tiempos un dualismo etnológico (súmeros y acadios), apareciendo luego, en las postrimerías de la época babilónica an-

(1) Preciosos antecedentes tambien para el estudio de la religion y la cultura asirias, ya que estas procedieron de la Babilonia.

(2) Ciertamente tambien Babel alcanzó en el Bajo Eufrates igual preponderancia que Nínive en la Asiria, pero se ha de tener en cuenta que cuando esto sucedió, la historia de la antigua Babilonia se encontraba ya al término de un desenvolvimiento de mas de 2000 años y en muchos conceptos habia rebasado ya los límites de su apogeo.

tigua, otro tercer elemento de poblacion, el elamita-coseo, mientras que en la Asiria figura desde el principio, como lo demuestran las representaciones gráficas de los monumentos y los textos, siempre redactados en lenguaje semítico, un solo elemento poblador, el semita-asirio. Respecto de la Babilonia son escasas en número las fuentes, dada la magnitud del período de tiempo, y exigen por lo mismo que ya en la introduccion tratásemos detenidamente de ellas, relacionándolas unas con otras con minucioso exámen crítico; en cambio poseemos de la Asiria, á lo menos por lo que hace á la mayor parte de los períodos históricos y con relacion al desarrollo del Asia anterior, extraordinaria abundancia de textos y monumentos, cuyos datos completan frecuentemente de un modo muy satisfactorio los correspondientes trozos de los libros históricos israelitas, resultando así mas conveniente reservar su exámen y aprovechamiento para cuando tratemos de los respectivos reinados ó períodos á que se refieren, que hacer desde luego en este sitio un detenido estudio de todos ellos (3). Por último, con referencia á la Babilonia teníamos además de varios datos cronológicos aislados, que debíamos razonar tambien con alguna extension, una lista de reyes desde los años 2400 antes de J.C. aproximadamente, cuyo complemento y la exacta determinacion de sus factores exigian investigaciones prolijas y minuciosas, al paso que la cronología asiria, exceptuando cuando mas la primera época (4), queda reducida á términos tan sencillos, merced á la Lista de epónimos, la de Tolomeo y la Crónica babilónica que abraza desde Nabonasar hasta Samas-sum-ukin, hermano de Assurbanipal, que no necesita sino brevísimo análisis en esta par-

(3) El cual no solo exigiria sobrado espacio sino que se engolfaria en la verdadera exposicion histórica. Además, por lo que hace á la Asiria, Schrader, Meyer, Tiele y otros han publicado ya excelentes trabajos preliminares y hasta cierto punto casi completos, que pueden ser consultados por el que crea hallar alguna deficiencia en el nuestro. En la historia de la antigua Babilonia todo estaba por hacer, y de ahí la extension con que la hemos tratado, teniendo muy en cuenta así su gran significacion en el desenvolvimiento religioso y civilizador, como la circunstancia de que la Babilonia fué la cuna de toda la cultura babilónico-asiria.

(4) De la cual hemos tratado ya en el capítulo del libro primero referente á la cronología.

te preliminar, cuya concision creemos haber justificado plenamente con el co-tejo que acabamos de hacer.

Viniendo ahora á tratar de las condiciones del suelo, varían estas bastante segun consideremos á la Asiria dentro de los reducidos límites de su primera época, ó teniendo la extension que abrazaba en el posterior período de su florecimiento. Aun durante sus relaciones y rozamientos con los monarcas coseos de la Babilonia, el territorio asirio estaba limitado principalmente al situado en la ribera izquierda ú oriental del Tigris, entre Nínive y el Zab menor (1), y únicamente la antigua capital Assur (Aushar) y una pequeñísima parte de la Mesopotamia á ella aneja, que bastante tiempo despues se extendió hasta el Khabur (2) y despues hasta el Belich y aun mas allá, se encontraban en la márgen opuesta (derecha ú occidental) de aquel rio ya relacionado con la Asiria en Gén., 2, 14. Tan solo desde el siglo 9 precristiano perteneció á los asirios casi toda la Mesopotamia, como atestiguan sobre todo los títulos de los funcionarios que figuran en el cánon de epónimos, por ejemplo gobernador de Nasibina (al Sur del monte Masius ó Kashyar) y Rasappa (Rezeph, Isafas, 37, 12; al Sur de Rakka en la márgen opuesta del Eufrates), y por otra parte tambien las obras hechas por Assurnazirpal en el templo de la Luna en Harran. Será, pues, muy conveniente que en este estudio tratemos separadamente de la Asiria propiamente dicha al Este del Tigris, á la cual solo pertenecía en la ribera opuesta la ciudad de Assur que daba su nombre al país, y de la Mesopotamia, con tanta mayor justificacion cuanto que así en el clima y los productos como en los elementos de poblacion de ambos territorios hallamos muy marcados contrastes desde la época mas antigua.

Como el Eufrates por lo que hace á la Mesopotamia, llama en la Asiria propiamente dicha nuestra atencion, en primer lugar, el Tigris superior. Comenzaremos, pues, por citar los afluentes que este rio recibe de los montes de la Media, como ampliacion de lo ya expuesto en otro lugar (curso del Eufrates y del Tigris y sus afluentes). El mas septentrional, «el que podemos considerar como brazo izquierdo del Tigris (3)» y que desemboca mas arriba de Diarbekr (Amid), figura en las inscripciones cuneiformes con el nombre de *Subnat* (hoy Sebbeneh (Su, ó sea S.) *agua*). En su nacimiento mandaron erigir monumentos en su propio honor Teglatfalsar I, Tuklati Nindar II y Assurnazirpal, hijo de este último, como testimonio de la extension del poderío asirio hácia el Norte. Síguelo en importancia el *Nami*, que se cita en tiempo de Teglatfalsar II y es, segun Delitzsch, «uno de los caudalosos torrentes que vierten sus aguas entre Sebbeneh-Su y Sert-Su.» Sin embargo, los de mayor significacion para la historia y geografía asirias son los siguientes: el *Khusur*, hoy Khóser, Khosr-Su (véanse los grabados), que desagua en el Tigris entre las colinas de ruinas de Kuyundshik y Nebbi-Junus, mas cerca de la primera y por lo mismo atravesando la antigua Nínive; el *Zab mayor ó superior*, que desemboca en Kalach, la gemela meridional de Nínive (hoy Nimrud), y el *Zab inferior ó menor*, que desagua al Sur de Assur (Kileh-Shergat). Las inmediaciones de estos dos últimos rios, particularmente las del Zab inferior, representan papel muy importante en las

(1) Al principio probablemente no mas que hasta el Zab mayor.

(2) No sabemos aun si es lícito deducir de la línea de fronteras establecida segun la historia sincrónica, que ya entonces (por los años 1390 antes de J.C.) llegaron los límites de la Asiria hasta el Khabur ó tal vez hasta el Rakka de la actualidad.

(3) Véase Delitzsch: *¿Dónde estaba el Paraiso?*, página 185; conviene que consignemos al propio tiempo que para nuestra descripcion nos ha servido de base la lista que en las págs. 185-187 de la misma obra se hace de los afluentes orientales del Tigris (los pocos occidentales son demasiado insignificantes para merecer especial mencion).

contendientes de fronteras entre la Asiria y la Babilonia en la época de los coseos, como queda expuesto ya en otro lugar. Tambien se hace frecuente mencion de ambos en la subsiguiente época de los reyes asirios. Es muy probable que fuera el de un afluente del Zab inferior el nombre de rio *Zuchina* contenido en el del lugar Arzuchina, pues esta no es mas que una variante dialéctica de la primitiva forma Akhi-Zuchina (ribera del Zuchina) que encontramos en el cánon de epónimos, sinonimia apuntada por Delitzsch (4). Mas cerca de la frontera babilónica (á lo menos por lo que hace á los primeros tiempos y con referencia al territorio babilónico, aunque no respecto de la Babilonia propiamente dicha) nos conduce el *Radánu* (Physkus de Jenofonte, hoy Adhem) que desagua cerca de Upi (Opis), y cuyo nombre se ha conservado en el mas moderno de la comarca de Rád-hân (siglo VII de nuestra era). Por último, el mas meridional de los afluentes del Tigris de que debemos hacer mencion ahora es el *Turnat* (Tornadotus de los antiguos, hoy Diyala), que desemboca mas abajo de Bagdad en Mi Turnat («aguas de Turnat»), hasta cuyo punto debió de extenderse la dominacion asiria ya en el siglo 9 precristiano.

Se comprende desde luego que el *clima* en la primitiva porcion de la Asiria, principalmente en el curso superior de los mencionados afluentes (el Khoser y los dos Zab), debía ser mucho menos templado que el de la Mesopotamia y aun el de las tierras bajas del Eufrates que pertenecian á la Babilonia. Por lo demás, tambien en la Mesopotamia, que constituía la parte oriental de las huertas arameas tan célebres en la época cristiana y en la cual seguramente prosperaban ya en el período asirio el olivo, la higuera y la vid, el invierno suele ser bastante crudo, como lo prueba la reciente publicacion del profesor Sachau, digna del mayor encomio (5). Correspondiendo á las condiciones del clima, era tambien la *flora* de la Asiria propiamente dicha mas pobre que la de la Mesopotamia y la Babilonia. Si se hiciera una lista metódica de todos los nombres de plantas que aparecen en las inscripciones asirias, — trabajo que por desgracia nadie ha emprendido todavía y que seguramente seria muy meritorio, — no hay duda que solo figurarian en ella las plantas del cultivo de la Siria, de las cuales acabamos de citar las mas características, como productos de los territorios vecinos, pudiendo deducirlo así del contexto cuando no se hace mencion expresa de ninguna planta (6). El mismo resultado negativo que para la Babilonia se desprende de lo expuesto anteriormente, es aplicable á la Asiria dentro de sus primitivos límites, quedando aun mas reducido el resultado positivo por lo que hace al suelo de Asiria, pues que en él no crecia espontáneamente la palmera de dátiles y las varias especies de cereales producian mucho menos que en la metrópoli babilónica. Como en las inscripciones de los reyes asirios es relativamente muy parca la mencion que se hace de árboles y plantas, sobre

(4) No es de suponer aquí que *ar* tenga igual valor fonético que *akhi*, sino mas bien una diferencia de pronunciacion (la *r* gutural en vez de fuerte aspiracion).

(5) *Viaje á la Siria y la Mesopotamia*, con dos mapas de H. Kiepert y gran número de grabados, Leipzig, 1883; véase tambien nuestro artículo referente á esta obra en el *Ausland*, año 1884, págs. 770 y 771.

(6) Como sucede principalmente con las maderas de construccion que con tanta frecuencia vemos citadas, por ejemplo en la llamada inscripcion tipo de Assur-názir-pal, l. 18 y siguientes: «Un palacio de madera de cedro (*irini*), otro de ciprés (*shurmini*), otro de *daprán* (zembro ó abeto?) otro de *urkarinu*, otro de madera de la palmera de dátiles (*muskanni*) y otro de allónsigo (terebinto, *butni*) y *tarpi'i* levanté yo allí... puertas de cedro; ciprés, *daprán* y palmera puse en sus entradas; plata, oro, estaño, bronce y hierro, lo que mi mano apresó en las tierras que sometí, tomé en abundancia y lo coloqué allí.» Lo que se dice aquí de los metales se refiere tambien á las maderas que se enumeran, como lo vemos confirmado en otros pasajes.

todo de las que podemos admitir con alguna seguridad como verdaderamente indígenas, y las listas lexicales de plantas, por otra parte, contienen en su mayoría nombres de difícil interpretación, por carecer de los equivalentes en otros idiomas semíticos, y los pocos que nos son conocidos (por ejemplo, *inu*, «vino»; *titu*, de *tintu*, «higo») no figuran en los textos y son indudablemente voces asimiladas en la época posterior de los reyes, no es posible formar concepto exacto de la flora de genuino abolengo asirio deduciéndolo de aquellas inscripciones (1). En igual caso nos encontramos respecto de los metales y las varias clases de *pedra* (2), habiéndonos de satisfacer con indicar que el alabastro que se empleaba en los bajo-relieves asirios se encuentra en abundancia, según Layard, en la margen izquierda del Tigris y que no son menos ricos en hierro (*parzillu*), cobre y plomo los montes de Tiyari en las cercanías de Nínive (3). Por lo que hace á la *fauna*, los datos de las inscripciones, mucho más abundantes en este punto y contrastados por las muchas figuras de los bajo-relieves, pocas veces se refieren á la Asiria propiamente dicha, sino casi siempre á la comarca del Khaboras (4), sitio predilecto de las cacerías de los reyes (ya en tiempo de Teglafalasar I y Assurnazirpal), proporcionándonos alguna valiosa noticia para la historia y distribución geográfica de determinadas especies, como por ejemplo la de que existiesen todavía elefantes en la Mesopotamia en tiempo de Assurnazirpal, ó sea en el siglo 9 precristiano, de cuya presencia en aquel territorio ya en el siglo 16 antes de J.C. nos dan fe las inscripciones egipcias. Por lo demás, eran también propios de la Asiria todos los animales domésticos que enumeramos al hablar de la antigua Babilonia y muy particularmente el caballo. No podemos hablar con igual seguridad respecto de las fieras, de las cuales solo algunas (como el león, la pantera y el chacal) se encuentran en la Mesopotamia y los asirios las aclimatarían después en sus parques de montería. En el desarrollo de nuestra exposición histórica ya los respectivos pasajes de los relatos asirios nos darán motivo para volver á tratar alguno de estos puntos.

Igual distinción que respecto del suelo debemos marcar por lo que hace á sus *pobladores*, pues que en la Mesopotamia, que solo al cabo de tiempo pasó paulatinamente al dominio de los asirios, la población era en su mayor parte ara-

(1) Los modernos libros de viajes (véase J. Rawlinson: *Five great monarchies*, cuarta edición, tomo I, págs. 216-219, *vegetable products of Assyria*), que citan como plantas características de faja de terreno comprendida entre el Tigris y los montes de Zagros, ó cuando menos como prosperando allí, además de los nogales y encinas enanas los olivos, mirtos, oleandros y otros, y hasta las noticias de los clásicos griegos, si es que se refieren tan solo á la Asiria propiamente dicha, sirven poco para el caso, ya que la flora se transforma y enriquece á menudo considerablemente en el transcurso de los tiempos merced al cultivo progresivo. Las representaciones de árboles y arbustos en los bajo-relieves asirios (como cacerías y otros temas; véase, por ejemplo, la citada obra de J. Rawlinson, págs. 348-349) podrían proporcionarnos mejores datos de la verdadera flora de la Asiria de aquellos tiempos, si no fuera por la circunstancia de los jardines y parques artificiales mandados construir por los grandes monarcas, de suerte que no sabemos muchas veces si los árboles y plantas representados pertenecen en realidad á la flora indígena; cuanto más que en algunos casos nos consta con seguridad por otros datos que varios de ellos eran de procedencia exótica y solo se cultivaban en los jardines, como la vid (por ejemplo, la parra de Assurbanipal) y la palmera de dátiles (véase la ya mencionada obra de J. Rawlinson, tomo I, págs. 349 y 353).

(2) Véase el final de la penúltima nota.

(3) Véase el mismo libro tantas veces citado ya de J. Rawlinson, página 219. *Iru* significa «cobre» y *anaku* «estaño»; pero es probable que en el transcurso de los tiempos se designara también el cobre con la denominación de *siparru* («bronce»), siendo de suponer igualmente que *anaku* se aplicara posteriormente al plomo.

(4) En la Mesopotamia, ó como dice Jorge Rawlinson, en la Asiria occidental.

mea desde muy antiguo (5), mientras que la nacionalidad asiria tenía su propio y primitivo asiento al Este del Tigris. Todos los centros asirios fundados al Oeste del mismo río (en época antigua la propia ciudad de Assur, después también Harrán cuyo templo de la Luna fué seguramente de origen babilónico y no asirio, y luego otras) deben ser considerados, por lo mismo, como colonias en un territorio ocupado principalmente por nómadas arameos. Tratándose, pues, ahora de la nacionalidad de los fundadores del imperio asirio, no hemos de hablar de los arameos, llamados también semitas occidentales (6), sino de los asirios; y en verdad que nada podemos decir de estos aquí que no sea repetición de lo ya expuesto anteriormente. Como lo demuestran perfectamente las representaciones gráficas, se ofrece en los asirios el tan característico tipo semítico con mucha mayor pureza que en los babilonios, al principio fuertemente mezclados con los súmeros y luego con los coseos. Como explicación de este hecho puede admitirse una de estas dos hipótesis: ó que poco antes de los años 2000 antes de J.C. (cuando comienza á delinearse la verdadera historia asiria) fué colonizado aquel país por una parte de la población semítica de la Babilonia (como lo admitimos nosotros mismos al principio de esta obra), ó que los asirios de entonces, tan íntimamente unidos á la sazón con los babilonios semíticos, ya tenían su morada desde tiempo inmemorial en el territorio comprendido entre el Tigris y los montes de Zagros, y esto es lo que nos parece mucho más verosímil ahora. Esta última hipótesis explica mucho mejor la perpetuación del primitivo tipo de raza; porque si hubiesen sido semitas babilónicos los que poco antes de los 2000 años antes de J.C. poblaron la Asiria, habríamos de admitir (como lo hicimos erróneamente) que los semitas se habían conservado físicamente hasta entonces no menos puros y sin mezcla en la Babilonia del Norte, lo que no abona en manera alguna el curso de su historia.

En cuanto al *idioma*, tal como se desprende de las inscripciones, puede decirse que es idéntico al semita-babilónico. Naturalmente, se desarrolló después con el tiempo, diferenciándose bastante del verdadero babilónico, lo que solo podemos comprobar en algunas pocas formas, ya que desde la mitad del segundo milenario precristiano se consolidó un estilo literario fijo que prevaleció en lo más esencial hasta la última época (7). En la *escritura* asiria debemos hacer marcada diferencia entre la antigua y la más moderna, comenzando ya esta última con Teglafalasar I. De la mucha analogía que, en medio de múltiples discrepancias, se nota entre los signos neo-asirios y neo-babilónicos, precisamente en formas características, puede deducirse con bastante seguridad que el proceso evolutivo, partiendo de las arcaicas combinaciones cuneiformes, se desarrolló en ambos países bajo mutua y constante influencia, ó acaso más bien, bajo la constante influencia de Babilonia en el desenvolvimiento asirio.

Si desde 1500 antes de J.C. aproximadamente (ó tal vez más temprano) hubiesen ya comenzado á desarrollarse con independencia una de otra las dos escrituras, á la sazón casi idénticas aun, seguramente que habría resultado mucho ma-

(5) Véase Delitzsch: *¿Dónde estaba el Paraíso?* págs. 257-258; según este autor las inscripciones asirias ignoran por completo á los arameos más allá del Eufrates (con relación á su propio territorio).

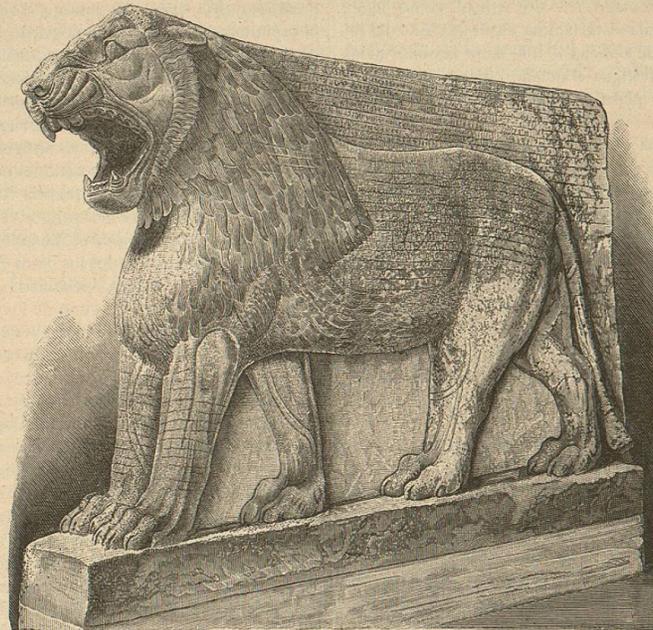
(6) Véase lo expuesto en este sentido anteriormente, como también lo que decimos respecto del idioma de estos semitas occidentales en los primeros tiempos.

(7) Solo muy recientemente se han comenzado á hacer algunas metódicas y minuciosas investigaciones respecto del idioma semítico de la Asiria, tanto en su discrepancia del de la Babilonia como en su desarrollo ulterior en el suelo asirio; véase E. Müller: «Observaciones gramaticales sobre los anales de Assurnazirpal,» *Revista asiológica*, tomo I, páginas 349-379.

yor la diversidad entre ellas. La *religion* es también la misma que en la Babilonia, y por cierto según su último desenvolvimiento en el Norte (que corresponde aproximadamente al reinado de Chamuragas), circunstancia muy digna de tenerse en cuenta comparándola con lo expuesto ya arriba (1). Como lo hicimos en la historia de la antigua Babilonia, al trazar ahora la de la Asiria expondremos en su debido lugar cuanto se refiere al desarrollo ulterior del Panteón; pero conviene no perder de vista que precisamente en la Asiria sufrió muy pocas modificaciones el sistema que casi completo ya se trasplantó allí de la Babilonia, mientras que en ésta fue-

ron muchas las fases por que pasó la religion hasta lograr la forma en que fué adoptada por los asirios.

Como se comprende desde luego dada la diferencia de los tiempos y la situación política, son mucho más copiosas las *fuentes* en la historia asiria que en la de la antigua Babilonia, manifestándose ya esta abundancia desde la época de Teglafalasar I. Figuran en primer lugar los extensos y minuciosos textos reales, que son en parte verdaderos anales y en parte corresponden á las llamadas inscripciones conmemorativas ó de fastos (2). Poseemos además, desde Assurnazirpal en adelante, varias compendiosas inscripciones de casi



Leon del templo de Nimrud (Museo Británico).

todos los reyes que más se significaron, empezando por las de aquel, como las llamadas de la estela, del monolito ó inscripción tipo (3), y á contar desde Sargon se aumentan continuamente estos materiales, hasta que por último son en pasmosa abundancia los que han llegado hasta nosotros del reinado de Assurbanipal (entre ellos muchos relatos oficiales, cartas, etc.) (4). Se nos ha conservado asimismo desde la época de Rammán nirári III (aproximadamente 800 antes de J.C.) multitud de láminas de contratos (5), las cuales por mas que solo sean de carácter privado, ilustran en gran manera el movimiento civilizador de todo aquel período, de

igual suerte que los cilindros-sellos asirios, á los cuales ha dedicado J. Ménant un libro especial (6).

Por lo que hace á crónicas y otros textos análogos, ya tratamos con alguna extensión de la llamada *historia sincrónica* de Babilonia y Asiria, que tanto valor tiene para nosotros, así como del obelisco truncado de Assurnazirpal. De la primera tienen aplicación principal á este segundo libro el final del anverso (Assur-bel kala, hijo de Teglafalasar I) y todo el reverso, y el obelisco nos ofrece datos importantes acerca de los nombres de los cuatro predecesores de Assurnazirpal, que gobernaron por los años 950-884 antes de J.C. aproximadamente (7). Respecto del escrito de Rammán-shumânâzir, dirigido á dos reyes asirios del siglo 10 precristiano, según es de deducir, ya dimos las necesarias explicaciones en la nota de una página anterior, pudiendo por lo mismo prescindir de las que antes ofrecíamos hacer en esta introducción (8). Pero la más importante de todas estas fuentes

(1) Es muy importante este punto para el esclarecimiento de la cuestión, á que ya hemos aludido más arriba, de si hubo, y en qué forma y cuándo, una verdadera colonización de la Asiria por los babilonios; cuestión que volveremos á tratar más extensamente en el primer capítulo de nuestra exposición histórica, ó sea el segundo de este libro.

(2) Véase lo ya expuesto en el capítulo *De las fuentes en general*, en el libro primero.

(3) Las 37 líneas del centro están reproducidas por Layard en su obra, lámina 43-45.

(4) Según ya indicamos anteriormente, de todo ello iremos dando cuenta en los respectivos reinados.

(5) Véase Julio Oppert y Joaquin Ménant: *Documents juridiques* (Paris, 1877), págs. 147-254.

BABILONIA Y ASIRIA

(6) Ménant: *Les pierres gravées de la Haute Asie. Recherches sur la glyptique orientale*, 2.^a parte: *Cylindres de l'Assyrie, Mésopotamie, Perse, Egypte et Phénicie*.

(7) El texto á que hacemos referencia figura en 1. Rawl., 28, reverso.

(8) La inscripción 3. Rawl., 38, n.º 2, respecto de la cual también referíamos al lector á este capítulo, corresponde indudablemente al reina-